

tiva redistribución de la riqueza en el Perú no habrá una verdadera reconciliación y, sin eso, será muy difícil celebrar el Jubileo con el gozo debido.

Hay pobres que creen que sí hay 'Zaqueos peruanos' y que se harán presentes en la siguiente etapa contemplada por la *Campaña*, la de los foros regionales que se plasmarán en la Semana Social Nacional en Callao, en octubre. Allí se espera recoger ideas de todo el país sobre el desarrollo local y nacional, o sea, qué hacer con la plata ahorrada o canjeada: empleo, educación y salud, etc. Se quiere invitar a los 'Zaqueos peruanos' de hoy a que participen en el evento para descubrir dónde pueden redistribuir sus riquezas o invertir sus talentos a favor de los más pobres del Perú, en forma eficaz. Su presencia con actitud de escucha y con deseos de contribuir al futuro del país ciertamente sería motivo de alegría para todos.

Los pobres del mundo (entre ellos la mitad del pueblo peruano) esperan la decisión de los ministros de Economía del Grupo de los 7 con la misma expectativa (entre soñadora y escéptica) de los pobres en las afueras de la casa de Zaqueo en el relato de Lucas. Desean tocar el *yobel* del año Jubilar, anunciando con alegría el perdón de las deudas (monetarias de los pobres y morales de los ricos). Además de eso, los pobres aquí en el Perú comienzan a soñar con la posibilidad de un cambio de corazón de los ricos y poderosos nacionales. No sólo quieren tocar el *yobel*, sino también quieren arrancar el baile de Jubileo con un brindis a lo peruano. □

Reconciliación y violencia

Entrevista al P. Roberto Schreiter

Con motivo de la realización del Simposio sobre la Reconciliación nos visitó el destacado teólogo P. Roberto Schreiter. Norteamericano, miembro de la provincia de Cincinnati de los misioneros de la Preciosa Sangre. Autor de Construcción de teologías locales, es también conocido por sus obras sobre misionología y espiritualidad de la Sangre y Reconciliación. Páginas conversó con el P. Schreiter sobre diversos aspectos de su teología.

Padre Schreiter, queremos, en primer lugar, invitarlo a compartir con nuestros lectores su visión sobre las realidades de violencia en el mundo actual, particularmente las de América Latina. Sabemos que ellas han venido interpelando su reflexión teológica.

Ciertamente, hay un verdadero cambio. Hace veinte años casi todos los países de América Latina eran gobernados por dictaduras militares. Existía mucha violencia del Estado contra el propio pueblo. En algunos países, como el Perú, Nicaragua, El Salvador o Guatemala, se produjeron guerras civiles.

Pero América Latina está situada en un contexto más grande, donde los cambios son significativos. Desde la caída del Muro de Berlín y el fin del mundo bipolar entre comunismo y capitalismo, esos cambios se han acelerado. Ahora cada año debe haber por lo menos cuarenta guerras activas en el mundo, y la gran mayoría se producen dentro de los propios países y cada vez menos enfrentando un país contra otro. Eso es muy claro ahora, por ejemplo, en África del Oeste y en Liberia, en Sierra Leona, en Guinea Bissau...

Una razón por la que todo esto ocurre es el proceso de globalización. Los intentos por imponer la globalización oprimen territorios locales y los territorios se resisten y reafirman su identidad étnica. Por ello muchas de estas guerras son guerras étnicas, especialmente en el territorio de lo que fue la Unión Soviética. Pero también esto ocurre en Sierra Leona, tanto como en Chiapas en México. Los que quieren robar los recursos de estos países pueden invadirlos sin preocupación de una resistencia. Es lo que ocurre, por ejemplo, en Sierra Leona, con el problema de los diamantes. Las grandes empresas sudafricanas entregan armas y pertrechos a los rebeldes por su interés en los diamantes. También en Chiapas la tierra es muy rica en metales preciosos, por eso el conflicto continúa.

Por todo esto, de alguna manera, el mundo entero es hoy más violento que hace veinte años.

¿Cuáles son las consecuencias para los individuos y los pueblos que padecen estas situaciones de violencia?

Por un lado, los jóvenes crecen en un ambiente en el que no encuentran otra alternativa que la violencia. Sólo saben que la vida en sí es muy violenta. En otras realidades, no especialmente en América Latina, me refiero al Africa, muchos de los combatientes son niños entre ocho y catorce años. La pregunta, naturalmente, es cuál será el futuro de estos niños.

Cuando es una violencia de opresión, como es el caso de las dictaduras, están los desaparecidos, la práctica de la tortura, encarcelamientos... Todo ello produce heridas muy profundas en los individuos y los pueblos. He oído, por ejemplo, en Guatemala y El Salvador, las historias que todavía la gente cuenta de los años más violentos sobre la pérdida de sus seres queridos. Esto pasa a ser parte de su memoria y de su propia identidad. Especialmente las mujeres son portadoras de esta memoria, aunque los varones no se preocupen por escucharlas. Pero la gente puede hablar de sus experiencias, y eso es sanador.

Vemos, en cambio, otras situaciones donde es muy peligroso hablar. Es el caso de los refugiados. En muchos de los grandes campos de concentración de Ruanda conviven agresores y víctimas. Es también

el caso, en América Latina, de los familiares de los desaparecidos. Cuando se vive en un pueblo y uno es familiar de un desaparecido, eso marca a toda la familia, especialmente a los niños. Pero las familias no pueden hablar de estas situaciones porque no les es posible dirigir esa rabia hacia el gobierno, la policía o los militares. Esa furia tiene, entonces, el peligro de dirigirse en otras direcciones, no siempre las más adecuadas.

Cuando se crea una cultura de la violencia, las repercusiones permanecen y pueden afectar varias generaciones. Se ven así realidades como El Salvador o Colombia, donde la guerra dura décadas.

Usted se ha referido a estas sociedades donde impera la cultura de la violencia como sociedades de la mentira. ¿Nos podría explicar esta manera de comprenderlas?

Es mi teoría sobre la violencia. La violencia, en realidad, es un tipo de mentira. Y establecer una sociedad sobre la mentira es muy inestable, pues se debe añadir mentira a la mentira para poder sostenerla. Es mentira que las víctimas de la violencia no tienen dignidad, como piensan sus agresores, que no tienen derechos humanos y que merecen lo que han padecido. La meta de esa mentira es que la víctima llegue a creerse que merece la tortura, por ejemplo.

Otra mentira es que la violencia se justifica para defender a la patria, o que es una responsabilidad ejercerla contra los enemigos del país. Se puede oír esto en el proceso contra Pinochet: «era para salvar el país». Y todo eso son mentiras.

Una sociedad estable es la que vive en paz porque se construye sobre la verdad. Por eso la sanación de estas mentiras implica buscar la verdad. Y para ello los actos simbólicos son muy importantes, porque contribuyen a crear un ambiente de verdad. Por ejemplo, muchas de las comisiones llamadas de Verdad y Reconciliación se reúnen en los locales de la policía, donde se cometieron los crímenes. Desde allí recuerdan que la misión de la policía era proteger a la gente y no oprimirla. También tiene un significado simbólico reunirse en la plaza central del pueblo, en el mismo lugar en que se produjeron las ejecuciones.

En su teología de la reconciliación usted subraya la importancia de asumir el conflicto en la sociedad para poder iniciar un auténtico proceso de reconstrucción.

El conflicto funciona a diversos niveles. Hay sociedades muy conflictivas y muchas de nuestras sociedades están construidas sobre el conflicto. Por ejemplo, el Perú está construido sobre la conquista, y antes de eso sobre los pueblos que los propios incas conquistaron. En

muchas sociedades el conflicto viene a ser algo así como el pecado original.

En Estados Unidos también se produjo la conquista desde Europa y tuvo como resultado la exterminación de los indígenas; también fue violento el traslado de los esclavos desde África. Todo eso son ingredientes para hacer que una sociedad sea, efectivamente, muy violenta. Podemos ver cómo Estados Unidos actúa en el mundo actual: Irak, América Central, Cuba... A este nivel parece que todas las sociedades tienen ese fundamento violento.

Por otro lado, como cristianos, nuestra fe nos dice que hemos sido creados para vivir en la paz. San Agustín, en su gran obra *La ciudad de Dios*, que escribió en el tiempo de la caída del Imperio Romano, tiene una muy buena meditación sobre esta verdad. Además, creemos que hemos sido creados «a imagen y semejanza de Dios». Somos un ícono de la paz, por eso es importante que podamos crear comunidades y países de la paz.

Pero somos pecadores también y tenemos un pecado estructural que está presente en nuestro propio ambiente, vivimos en sociedades conflictivas. El trabajo de la reconciliación es una lucha contra una visión conflictiva de la sociedad, es por eso que hablo sobre la verdad como fundamento. Es claro que no es posible establecer la justicia sin la verdad. Vemos ahora en muchos países la importancia de buscar la verdad para poder reconstruir con justicia, porque sin la verdad quedan muchas situaciones en las que la gente tiene miedo de hablar, y en esas situaciones es muy difícil, si no imposible, construir la justicia.

Es interesante recordar cómo a comienzos de los años ochenta, cuando estas comisiones de Verdad y Reconciliación se crearon, especialmente en África, se llamaban comisiones de Justicia y Reconciliación. Pero luego descubrieron que debían comenzar por la verdad como fundamento para establecer la justicia.

¿De qué manera todas estas realidades de violencia desafían la misión evangelizadora de la Iglesia?

En primer lugar, es importante considerar que la propia Iglesia casi siempre se implica en la violencia, porque la misma gente que constituye una sociedad es parte de la Iglesia. Se han dado casos, y eso es pecado, en que la misma Iglesia ha bendecido la violencia. Otras veces la Iglesia se implica con su silencio, quizás pretendiendo mantener un tipo de paz que, sabemos, no es auténtica paz.

Hay también otro tipo de respuestas de la Iglesia, como el caso de Chile, donde la Iglesia católica y la Iglesia luterana han pretendido resistir públicamente a través de la Vicaría de la Solidaridad.

Ahora bien, para la propia Iglesia es muy difícil reconocer que ha estado implicada en la violencia. No obstante, Juan Pablo II ha hecho varios pedidos de perdón. Ayer mismo, Mons. Krätzler, de Brasil, dijo en este mismo Simposio que era importantísimo que la Iglesia pida perdón por este tipo de actos, y tiene toda razón, pero es difícil.

En América del Norte, especialmente en Canadá, en la conmemoración de 1992, la Iglesia Unida de Canadá pidió perdón a los indígenas y prometió entrar en un proceso de sanación y perdón que duraría tres años. Gracias a esta acción, hay una nueva relación mucho mejor con el mundo indígena.

Para la Iglesia es muy importante el sacramento de la reconciliación, el confesar los pecados. Es un acto de decir la verdad. En los años treinta, y esto es muy interesante, el teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer, cuando estableció el Seminario de la Iglesia Confesante, en contra de la Iglesia oficial que se implicó con los nazis, una de las disciplinas espirituales en este seminario era confesar los pecados todos los días. Decía él que, si no confesamos nuestros propios pecados, no podemos discernir la diferencia entre la verdad y la mentira en la sociedad circundante.

Nos gustaría que desarrolle brevemente el contenido fundamental de la reconciliación para quienes vivimos en sociedades tan convulsinadas por la violencia.

El mensaje cristiano de la reconciliación comienza por comprender que Dios se pone del lado de la víctima. Normalmente, en nuestra sociedad, cuando pensamos en la reconciliación, pensamos primero en el arrepentimiento del agresor, quien pide perdón a la víctima y ésta a su vez ofrece el perdón. Pero, en la mayoría de los casos, los malhechores no piden perdón, como Pinochet. Después de diez años se encuentran en la misma situación de temor, de miedo o de reafirmación.

Por eso la reconciliación individual empieza con la víctima, y la experiencia de la reconciliación de la víctima es que Dios mismo restaura su identidad humana, y esto se experimenta como un momento de gracia, como un don libre y gratuito de Dios.

He visto muchas veces casos con víctimas de tortura en Chicago, donde tenemos un centro mundial para trabajar con los sobrevivientes de la tortura. Tenemos unos 20.000 supervivientes alrededor de Chicago y, como fruto de esta experiencia de reconciliación, muchos descubren una nueva vocación para trabajar ayudando a otros. Especialmente, la reconciliación les da una nueva visión de las cosas y los abre al futuro.

En la sanación de la memoria, muchas veces se dice entre cristianos que hay que perdonar y olvidar, pero eso no se encuentra en la Biblia. No podemos olvidar lo que sucedió; olvidar significa perder una parte de mi memoria, por lo tanto de mi identidad. Si olvido es porque entonces aquello no era muy importante o valioso. En realidad, ocurre lo contrario, porque el recuerdo, la memoria, es parte integral de mi historia. No podemos, entonces, olvidar, pero sí podemos recordar de otra manera, establecer una nueva relación con lo sucedido, y de esta relación surge una nueva visión del futuro.

Un problema con la reconciliación social es que muchas veces esperamos que se reconstruya una sociedad tal como era antes de la violencia. Y eso ya no es posible. No podemos resucitar a los muertos, no podemos muchas veces descubrir a los desaparecidos y esas memorias siempre estarán allí. La reconciliación es crear algo nuevo, algo que tiene relación con el pasado, pero nuevo. En esto se distingue la reconciliación social de la individual. Pretendemos construir un nuevo orden moral, pero este trabajo, al comienzo, es simbólico. En él queremos expresar que ahora en la sociedad domina la verdad y no la violencia o la mentira. Con este fundamento es posible buscar la justicia, porque para muchos, al comienzo de este proceso, cuando invocamos justicia significa muchas veces venganza. Pero eso no es justicia, es repetición de lo mismo.

He escrito un segundo libro sobre la reconciliación que todavía no ha sido traducido al castellano. Allí distingo tres tipos de justicia en la tarea de la reconstrucción social. La justicia punitiva, es decir, castigar a algunos de los que han cometido estos actos de violencia, porque muchas veces es imposible castigar a todos. Estos actos de punición significan que ya no es posible actuar de esa manera en la sociedad.

Luego la justicia remunerativa, es decir, ayudar a los sobrevivientes, a los niños, a las viudas, con educación, salud... El tercer tipo es el trabajo por la justicia estructural sobre el nivel económico y social, esto es, construir efectivamente una nueva sociedad más justa. Esto es difícil, en especial dentro de una economía globalizada.

¿Cuál es la relación que se establece entre el proceso histórico y el proceso de reconciliación?

Algo que muchos han descubierto en el proceso de reconstrucción social es discernir el comienzo o las raíces de la violencia. Es muy importante investigar los antecedentes de la violencia, su prehistoria. Como importante es ver cómo se cuenta la historia en una sociedad. Esa reconstrucción requiere, entonces, un relato nuevo de la historia, de lo contrario los abusos del pasado permanecen y son origen de nuevos conflictos.

Usted ha escrito mucho también sobre «teología local». ¿Nos podría hablar sobre el valor que usted atribuye a este tipo de teología?

Es muy importante la teología que acompaña la reconstrucción social en una sociedad. Tengo un ejemplo muy concreto: en El Salvador, al este de la capital, existe una parroquia, San Miguel, que alberga unas 80 comunidades. Ellas sufrieron mucho durante la guerra en los años setenta y ochenta. Estas comunidades se reúnen para contar la historia de lo que sucedió. Han escrito sus propias historias y han tenido su reflexión teológica y bíblica sobre esas historias. Han desarrollado así una teología del martirio para explicar la presencia de Dios entre tanta violencia. Para esta comunidad de San Miguel esta teología local funciona de dos maneras: ellos vuelven a contar la historia para explicar cómo es que llegó tanta violencia a su comunidad, y, de otro lado, se preguntan por el significado de su fe en Dios en esa situación. En esta historia y teología del martirio ellos comienzan con Jesús, y Jesús como inocente que fue arrestado, torturado y muerto. Hay una identificación con una situación de martirio. Ellos están muy orgullosos de su teología local.

Creo que también es posible en otras situaciones emplear este proceso de construir una teología local: sanar las memorias, restablecer la comunidad y las relaciones que hacen posible esa comunidad.

¿Podría hablarnos, finalmente, de algunas pistas para esta época de cambios en la proximidad del tercer milenio?

Para los cristianos la exigencia de la reconciliación permanece en los próximos tiempos a causa de la situación en el mundo. Los conflictos dentro de los países, los conflictos causados por la globalización y la emigración de la gente que busca empleo... Todo ello nos llama a estar atentos a estos procesos de globalización.

Hay algunas cosas que podemos hacer en nuestras comunidades, comenzando con una pastoral familiar: ¿cómo se relacionan los miembros de una familia? ¿Aprenden los niños a perdonar y aceptar ser perdonados también? El papel de las mujeres no ha sido suficientemente investigado. Mucha de la violencia es cometida por los varones, pero son las mujeres quienes muchas veces encuentran la solución. Pienso en las mujeres de la plaza de Mayo, en Buenos Aires, y tengo otras historias de otras partes del mundo. El papel de las mujeres es muy importante, al mismo tiempo que exige una necesaria revisión de nuestras formas de convivencia.

Como dice el evangelio de san Juan: ¿vivimos en la verdad? ¿Somos consagrados en la verdad? Esto me parece que es muy importante. Otra cosa que permanece también es la búsqueda de la justicia. Son tareas permanentes. Creo que es posible desarrollar un tipo de educa-

ción de la reconciliación, no una reconciliación que ignore el conflicto o provoque que otros olviden sus heridas. Educación más bien para decir la verdad, confesar los pecados, perdonar, ser perdonados. Sé que es difícil, porque mucha gente piensa que aceptar el perdón es signo de debilidad. Estas son algunas de las pistas para la misión de la Iglesia. La Buena Noticia es siempre una posibilidad de reconciliación. □

(Entrevistó: Pablo Espinoza)



Testimonios

Décimo aniversario de la Federación de mujeres de Ica

Juan Febrero

La Federación Provincial de Mujeres de Ica ha celebrado su X aniversario en un congreso que convocó a más de 300 personas. Reproducimos la carta de saludo de un amigo que vio nacer esta organización.

Juliaca, 20 de abril 1999

Estimadas mujeres integrantes de la FEPROMU – ICA

Recibí su invitación al congreso, lo que me dio mucha alegría y satisfacción. Al momento me vinieron a la memoria los primeros pasos que dimos con ustedes: comedores, reuniones, visitas a clubes de madres, organizar, celebrar... ¡y ahora dónde estamos! ¡Cuánto camino recorrido! y ¡cuánto todavía por recorrer!

Ustedes pusieron una semilla que ha ido floreciendo y dando su fruto, el cual ha ido cayendo en la tierra y germinando.

Deseo que este Congreso sea un momento de evaluación para mirar hacia delante, una palanca para abrir las puertas del nuevo milenio con nuevas propuestas para la organización, para la mujer y para el país. Hay una frase sabia: "La humanidad posee dos alas: una es la mujer y otra el hombre. Hasta que las dos alas no estén igualmente desarrolladas, la humanidad no podrá volar bien. Si una de las alas permanece débil, el vuelo resultará laborioso e imperfecto". Y otra: "Por cada mujer que da un paso hacia su propia liberación, hay un hombre que redescubre el camino hacia la libertad".

Todos hemos ido descubriendo dicha libertad acompañándolas en sus pasos de liberación.

Con todo cariño. Su amigo.

+ Aprovechar la creación de los corredores económicos, articulando las actividades económicas del campesinado, artesanos y comerciantes, y de esta manera establecer relaciones equitativas entre el campo y la ciudad.

+ Incentivar la creación de un plan regional de promoción de empleo que tome en cuenta la transformación de materias primas locales, la viabilidad del mercado vinculado a las compras preferentes del Estado.

+ Animar y vigilar los programas de crédito para que sean herramientas que potencien las capacidades de las personas y su desempeño económico.

+ Vincular nuestro trabajo en el Sur Andino con las iniciativas de desendeudamiento, para generar recursos que se apliquen al desarrollo social y económico de la región.

+ Impulsar el uso eficiente y eficaz de los medios de comunicación para la difusión de estas líneas de acción.

COMPROMISOS DE LOS PARTICIPANTES DE LA SEMANA SOCIAL

1. Las distintas instancias de la Iglesia se comprometen con estas líneas de acción. Para esto las coordinaciones de la pastoral social se encargarán de viabilizarlas y evaluarlas, incorporando la participación de otros actores de la sociedad en este esfuerzo.

2. Nos comprometemos, a través del Instituto de Pastoral Andina y de las mesas que han trabajado en la preparación de esta Semana Social, a continuar la reflexión sobre el papel social de la Iglesia en el Sur Andino.

Es evidente que todo lo que decimos se ve como un compromiso difícil, aunque no imposible de cumplir. Confiamos en el Señor de la vida, que venció a la muerte, y que estos esfuerzos puedan ser motivo de esperanza, y dar vida y hacer realidad su reino entre nosotros. □

Cardenal Silva Henríquez: Artífice y defensor de la verdad

Ana Gispert-Sauch

La figura del cardenal Raúl Silva Henríquez quedará siempre asociada a la defensa de los derechos humanos, especialmente a la creación de la Vicaría de la Solidaridad, que tuvo un papel protagónico en los años de la dictadura militar del general Pinochet. Este pastor, de origen campesino, que supo escrutar y dar respuestas prácticas a los signos de los tiempos, hoy con su muerte, a los 91 años, acaecida el pasado viernes 9 de abril, nos ofrece una ocasión favorable, un *kairós* para releer los signos actuales y dejarnos interpelar por ellos, como él supo hacerlo.

Una primera constante que resalta en la trayectoria del Cardenal es su libertad de acción. Él mismo fue capaz de escuchar el grito del pueblo y meterse en la búsqueda de respuestas concretas: a través de Cáritas hizo llegar el pan a los hambrientos; a través de campañas de alfabetización logró que mucha gente pudiera decir su propia palabra; supo entregar, con Mons. Manuel Larraín, entonces obispo de Talca, los fondos de la Iglesia para que los campesinos los trabajaran (antes de que se promulgara la reforma agraria en el país), creando a la vez medios para la asistencia técnica y financiera, como fue el Instituto de Promoción Agraria. Creó la Vicaría de la Pastoral Obrera para el mundo del trabajo; la Vicaría de la Pastoral Universitaria y la de Pastoral Juvenil para los jóvenes. Para los niños abandonados promocionó las aldeas S.O.S. Impulsó, también desde Cáritas, el fomento a la vivienda y el Banco de Desarrollo, etc. Sufrió los golpes de la incompreensión y de la crítica mordaz, pero se mantuvo con talante libre. Sus obras no estaban al margen de la misión «propia» de la Iglesia, pues eran anuncio de buena nueva. Sin duda, su participación en el concilio

Vaticano II le instó a hacer suyos los gozos, los sufrimientos y las esperanzas del pueblo.

Otra característica muy ligada a la anterior fue la de ser hombre de la verdad. Por su fidelidad a ella creó, en 1976, la llamada Vicaría de la Solidaridad -dirigida durante años por el sacerdote Cristian Precht-, institución pionera en América Latina, que acogió las denuncias de torturas y violaciones de los derechos humanos y se convirtió, prácticamente, en el único espacio para la defensa de las víctimas de la dictadura, para conocer la verdad y bregar por la justicia.

Otro gran valor fue su amor al país; su ser «chileno» se expresó en su vocación democrática y en buscar acuerdos por encima de visiones parciales o cerradas. Fue el gran artífice del diálogo para salvar la democracia durante el gobierno de Salvador Allende. Por ello fue duramente criticado y los medios de comunicación durante el gobierno militar tergiversaron sus palabras o las silenciaron sistemáticamente. Esta visión de apertura, de amor al país, de defender el «alma de Chile» fue reconocida de manera especial en el masivo homenaje que la Iglesia, autoridades y pueblo tributaron al Cardenal en sus funerales.

Finalmente, su capacidad de amor a todos caracterizó y motivó su actuar. Su lema episcopal, «El amor de Cristo nos urge», quedó explicitado en su testamento espiritual (que presentamos a continuación). Amor a Dios, a la Iglesia, al pueblo, a los pobres, a los campesinos, a los jóvenes, a todos. Amor que se encarnó en acciones concretas de búsqueda de justicia y verdad.

En estos momentos en que el mundo tiene los ojos puestos en el histórico proceso a Pinochet por la sistemática violación a los derechos humanos, se escucha con mayor claridad y fuerza las palabras que don Raúl pronunciara en 1981, a los veinte años de su consagración episcopal: «Yo termino mi carrera. Sé a quién he servido. He luchado denodadamente, tal vez más de lo que debiera. (...) ¡He gritado! Pero soy una voz que clama en el desierto, al parecer. Sin embargo, yo sé que es necesario que el grano de trigo muera para que sea fecundo. Yo espero, tengo la seguridad, de que los hombres de esta tierra, volviendo a sus más nobles tradiciones, sabrán reconocer los derechos de todos»

Estas ansias de justicia y de reconocimiento de los derechos humanos nos interpelan hoy a cada uno de nosotros y a la comunidad internacional, y nos impulsan a buscar la verdad profunda de tantos hechos luctuosos vividos en estas últimas décadas.

Testamento Espiritual

Cardenal Raúl Silva Henríquez

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como sacerdote y como obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente éste: que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y de adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor, sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el Auxilio de los cristianos. A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor. □

Dios delante de nosotros

Coloquio internacional sobre la obra de Gustavo Gutiérrez

La Universidad de Friburgo (Suiza) ha realizado, del 14 al 16 de abril, el coloquio «Dios delante de nosotros», dedicado a reflexionar sobre la obra del sacerdote y teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, con la participación de muy importantes y renombrados teólogos contemporáneos.

La presentación de este Coloquio, organizado con ocasión del doctorado Honoris Causa concedido por la Facultad de Teología de esa universidad en noviembre de 1998, contiene una breve reflexión sobre el aporte de la teología de la liberación:

«La teología de Gustavo Gutiérrez es, de lejos, la más innovadora del siglo XX. No se pierde en el activismo ciego, totalmente vertido hacia el mundo con 'Dios a nuestras espaldas'. Por el contrario, es una teología del 'Dios delante de nosotros', cargada de una profunda espiritualidad que vive de la unidad inseparable entre la contemplación y la acción: 'sin contemplación (entendida como la espiritualidad a través de la cual experimentamos que Dios 'quiere que todos los hombres se salven' (1 Tim 2, 4), pero que prefiere a los pequeños (los pobres, los insignificantes) de la historia) no hay solidaridad con los pobres ni vida cristiana' (G. Gutiérrez).

Este Coloquio, preparado en corto tiempo, quiere ser un homenaje a un hombre, un peruano, un cristiano y un teólogo a quien la Iglesia y el mundo le deben un impulso decisivo al final de este siglo».

Durante el primer día del Coloquio, el programa tuvo tres ponencias que abordaron los siguientes temas:

«La Iglesia de los pobres según el papa Juan XXIII y el concilio Vaticano II», a cargo de Giuseppe Alberigo (Bologna, Italia).